

La pérdida del reino

Sergio González Rodríguez*

la pureza y la sinceridad de la expresión, la sobriedad estilística, la racionalidad clásica en el desarrollo del discurso. Horacio y Virgilio, Dante y el Renacimiento español, la poesía lírica de los siglos de oro, el modernismo más atemperado, entre algunos otros capítulos afines de cultura literaria, aunque no muchos más, alimentan la edad histórica invocada por Torres Bodet en beneficio de la apreciación de su propia obra poética.

En estos alimentos se nutre el comentario de los poemas rigurosos y contenidos que Jaime Torres Bodet escribiera durante su madurez definitiva. En caso de resolvernos a leer esa calculada e intensa poesía, encontraríamos en ella algo de lo mejor que se haya escrito en lengua española. Al lado de las poéticas de vanguardia y ruptura que cruzan el siglo XX de nuestro país y de nuestra América, el *ars poetica* tradicional por el cual abogó Torres Bodet completa nuestro rostro como una civilización letrada, como un capítulo literario que ha necesitado de una larga gestación en el cuadro de las literaturas occidentales. Tras los esfuerzos de Torres Bodet en favor de sí mismo como poeta, se encuentra este generoso alegato en favor de todos nosotros como sujetos de una vasta comunidad cultural. ↵

En el Bar Gante, charlaba yo días atrás con el arquitecto Eduardo Terrazas, padre de mi amigo Kyzza Terrazas, prófugo ya con diploma de filósofo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

El también urbanista me describía los rasgos profundos de la ciudad de México, y mientras me concentraba en sus precisas informaciones sobre las características del Centro Histórico, surgió una pantallita en un ángulo superior derecho de mi mente, y me veía yo llegar a las puertas del salón donde Kyzza —estupendo cuentista en su *El primer ojo* (Juan Pablos Editor/Ediciones Sin Nombre)— se recibiría de licenciado, a mediados del 2001.

Tenía yo años de ausencia respecto de CU. De pronto, me vi confrontado con mi pasado improbable: era Sergio González Rodríguez quien en realidad, y no Kyzza, debía encarar su examen de recepción profesional. Me acerqué a la ventana de la puerta, y a través de ella entreví una vida que debió suceder quince años atrás: Sergio en plan de rebatir una pregunta capciosa, Sergio en actitud de sabelotodo con paciencia, Sergio dividido entre fraguar argumentos cordiales y la prisa por irse a celebrar y pasar de una vez por todas el trago amargo del trámite escolar. Sergio el académico.

Tosí de pronto. Cof, cof, agghh, cof. El arquitecto Terrazas se alarmó. Pensó que me había puesto mal porque mencionó las barrocas tesis renacentistas de Guillermo Tovar y de Teresa sobre el virrey de Mendoza. Cof,

cof, agghh. Repetí, ya en ímpetu descendente de mi garganta. Y dije:

—Ya estoy bien: me atraganté con la cerveza —suspíre mientras apenas podía hablar—. Istoyben, nite-precupris, agggghh!! Cof.

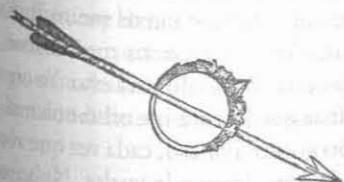
Claro que no le quise confesar al arquitecto Terrazas que lo que me perturbó fue el recuerdo de mi pasado improbable y mis pendientes académicos.

A menudo sueño que estoy en la Universidad y fatigo sus pasillos, le dirijo la palabra a compañeros ignotos, charlo con muchachas a las que sólo veré en aquel teatro de fantasmas, me entrego a extrañas aventuras que mezclan la arquitectura funcionalista con las pesadillas de Piranesi. Y, cuando despierto, llego a la conclusión de que, en mi universo inconsciente, la UNAM surge como un cuento gótico.

Ya puestos a desenrollar la madeja, supongo que esta fantasía viene del día en el que me leyó las cartas del tarot una darketa universitaria, de esas que venden libros en el *lobby* de la Facultad. Y huía de la darketa una y otra vez como si fuera yo una de las muchachas góticas acosadas en tantas novelas truculentas que estudiara El Innombrable —así dicen que le decían en su tiempo al gran crítico italiano Mario Praz, afecto a consumir en la persona de su esposa cualquier cantidad de hazañas sadomasoquistas.

Aquella vez frente al salón en el que Kyzza se recibía, comprendí que algo —Dios, el Destino, los Hados, el Azar o lo que sea— persistía en alejarme de la UNAM y los lauros del Saber: ¿Cómo es posible, me dije a mí mismo, que no seas al menos Doctor? Estás rodeado de doctores con los que hablas a diario o a

* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista



semanas o a meses o a años y no eres capaz de obtener un grado así?

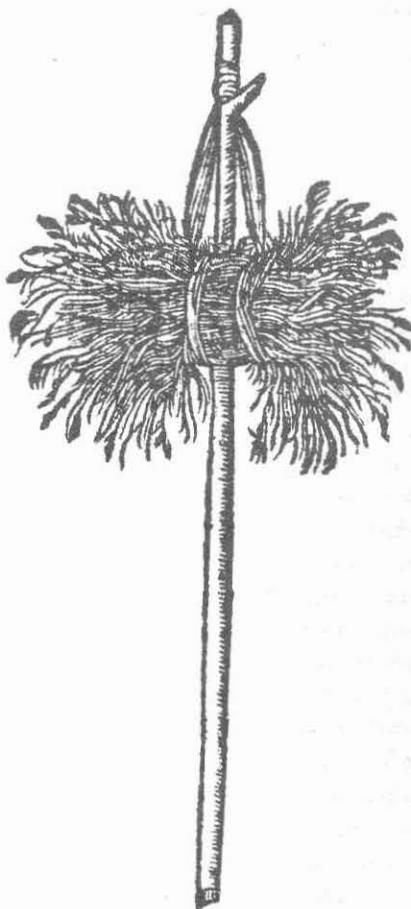
Cómo está doctor Pérez Montfort. Cómo está doctor Bartra. Cómo está doctor Quirarte. Cómo está, cómo está doctor Lecter. Cómo está doctor Monsiváis—aunque sea honoris causa, vale. Cómo está doctora Glantz...

Entonces lloré, lloré y lloré a las puertas del paraíso que me estaba negado, y al que Kyzza se incorporaría ahora en el primer día del resto de su vida. Ohh. Las lágrimas corrían por mis mejillas, y sollozaba tanto que perturbé a los asistentes al examen profesional del joven filósofo que estaban próximos a la puerta. Pensarían que era un perro. Sí, sí: un perro callejero y sucio que gruñía y arañaba el umbral de un reino negado bajo el pesar de no ser el que yo hubiera sido. Snif. Guau. Arggh.

Decidí aquella tarde que debía irme de inmediato. Me fui sin siquiera entrar al salón. Ya me disculparía con Kyzza. Como en una secuencia melancólica y al mismo tiempo escultórica digna de un Tarkovski, qué digo Tarkovski, de un Konchalovski, volví sobre mis pasos y atrás quedó el reino académico que no estaba —y quizás nunca estará— para mí. Ni siquiera honoris causa, porque más bien me dedico a causas deshonrosas.

Al salir al estacionamiento de la Facultad, respiré hondo. Y, tranquilizado, reflexioné al estilo de un estoico clásico: —Acuérdate de que desde el kinder no querías ir a la escuela y te tenían que perseguir por todo el jardín de la casa para que te subieras a fuerzas al camión escolar.

Comprendí de inmediato que Kyzza Terrazas había tenido un rapto de lucidez que yo no tuve: optó por terminar su carrera en la solución MMCC. Se trata de una variante moderna de las tradicionales vertientes de las chicas que estudian MMC (mientras me caso) y MME (mientras me embarazo), que en la tercera modalidad consiste en



acudir a la enseñanza superior mientras me cambio de carrera —y estudio otra, MMCC. Así, en el caso del joven filósofo a punto de dejar de serlo, el asunto es: mientras me cambio de carrera —Kyzza Terrazas estudia ahora cine en una prestigiada escuela de New York.

Por lo visto, la UNAM también se ha vuelto el ámbito propedéutico por excelencia. Bien barato, por cierto.

En algún momento en el Bar Gante, la pantallita del ángulo superior derecho de mi mente comenzó a perder luminosidad. El arquitecto Terrazas me explicaba la urgencia de dotar de servicios homologados al Centro Histórico, equipamiento, alumbrado, banquetas... El mesero del Bar Gante nos hizo saber que estaban por cerrar.

Interrumpió nuestro coloquio. Pedimos la cuenta y salimos a la noche. El arquitecto Terrazas y yo nos despedimos a la vera de la Torre Latinoamericana.

Como me sucede al cabo de una plática estimulante, mi cabeza hervía de ingredientes contradictorios. En el caos, un rostro comenzó a sobresalir. La darketa. La muchacha afecta a vestirse de negro de pies a cabeza, fanática de los tatuajes y del *piercing*. Del lápiz labial negro o violeta y el maquillaje recargado que hacía resaltar la blancura de su piel neumática. La lectura de cartas que me hizo.

Sólo tres veces he aceptado que me leyera las cartas a lo largo de mi vida. La primera, fue un señor agudo, que era como mi clon y tenía su gabinete en la avenida Insurgentes. La verdad es que le atinó bastante en cuanto dos o tres situaciones que entonces vivía. Tanto me impresionó que escribí un artículo para una revista.

La segunda vez, yo sólo iba de “damo” de compañía de dos amigas que querían que les leyera la fortuna. Y me empujaron a tomar turno con una señora que, en cuanto me miró de la cabeza a los pies, me dijo:

—¿Usted es gay?

—¿Qué pasóóó? Qué así ya nos llevamos.

Para atenuar el pésimo diagnóstico, la cartomántica me contó un chiste:

—Llegó un chavo con su papá: “papá, tengo que confesarte que soy gay”. El señor abrió los ojos y respondió: “A ver, hijo, ¿acaso eres artista, diseñador, poeta, pintor, productor de televisión? No, ¿verdad? Entonces eres un pinche joto y nada más”.

La tercera y definitiva situación cartomántica fue con la darketa, que de plano me dijo que jamás me recibiría de Lic., que las escuelas me odiaban, que yo estaba negado para esto. Yo creo que más que lectura me echó una maldición gótica. Por eso, cada vez que veo una darketa, le saco la vuelta. No vaya a ser la de malas. ❧